

EL TESTIGO DE LAS SOMBRAS

Introducción

Hmmmm. Me desperté cuando sentí los primeros pájaros. En los barrios periféricos a Buenos Aires se conservan todavía una gran variedad de pájaros, aunque sé que pronto esto será un grato recuerdo de mis sentidos. Pero aún se oyen gorriones, benteveos, ruiseñores, zorzales, jilgueros, horneros, cardenales, cotorras y es habitual también oír bandadas de patos, aunque cada vez se sienten menos. Mis preferidos son los teros, que cuando pasan por el cielo de Buenos Aires hacen un escándalo digno de apreciar para una persona como yo. Antes, hace no muchos años, un gallo daba su mensaje tempranero para que otras decenas de compañeros, tal cual ecos, repitieran hasta el cansancio que ya era hora de la salida del sol. Ya no se escuchan, devorados por el cemento de la gran ciudad, que con sus grúas titilantes al viento, no deja de crecer.

–Ummñññagggg. –Estiré todos los músculos en la oscuridad y sentí el “crack” delicioso de las conyunturas; aún siento la tibieza de las sábanas. Me gusta sentir el calorcito de la franela en mi cara, aunque ya está llegando la época de la primavera y debería poner una más suave. Me la refriego suavemente y su aroma a suavizante aún perdura. Dicen que los suavizantes huelen a flores, pero yo sé que no es cierto: huelen a químicos, a perfume, y otras cosas que lo hacen así de agradables, pero a flores de verdad nunca. Las flores de verdad tienen un aroma... ¿Cómo diría...? A vivo. Eso es, un olor a vivo, a naturaleza verdadera. Me gusta oler los ceibos, la flor nacional en Argentina. No porque me considere un patriota, sino porque tiene un aroma suavcito, casi imperceptible. “Una flor sin olor”, como me dijo una vez mi hermano Juan.

–¡Cómo que no tiene olor, Juan! –me quejé aquella vez.

–Daniel, no siento nada. Sniiiiiiiffffffff.

–Ponte más cerca.

Entonces oí el “clic” de cortar el tallo para arrancar la flor y el “snuffffffff” de meterse la sentenciada flor en sus fosas nasales.

–¡Bruto! ¡Las flores no se arrancan! Se dejan en la planta para que sigan vivas y continúen dando su aroma durante mucho tiempo.

–¡Eso no es verdad, Daniel! Si las flores no se arrancaran nunca ligaríamos con las chicas más guapas –se rió a mis espaldas. Y mientras oía que se alejaba: –Yo siempre regalo flores cada vez que me gusta una tía.

Yo sonreí por el recuerdo, pero de verdad es que odio que corten las flores. Son manías que cada uno tiene. Lo máximo me gustan tocarlas suavemente y sentir los pelillos de la hoja como la tersura de la parte superior e inferior, según la especie. También odio el desorden, pero yo sé que eso la gente lo justificará.

Abro la ventana y la brisa me pega en el cuerpo. “No parece primavera”, me digo. ¿Por qué el comienzo de la primavera es siempre tan frío? Mi madre dice que es por el cambio de clima, pero no, que siempre fue igual, aún de niño. Lo sé porque mi piel se mantiene rugosa hasta que por lo menos nos acercamos al mes de octubre.

–Hola, Daniel. ¿Tan temprano levantado?

Siempre me olvido que la ventana de este piso en el bajo da a la calle y que las casas de este tipo no tienen la privacidad de la casa de mamá en el barrio de inmigrantes de Remedios de Escalada, en las cercanías al sur de Buenos Aires.

–No es tan temprano –le respondí a doña Carmen, mientras barría la acera de su casa y aprovechaba para cotillear un poco.

–¡Y vos cómo lo sabés! –se rió. Yo sonreí y sentí el sol tibio pegar en mi cara. Serían las nueve o así.

–El mundo está lleno de respuesta que usted se sorprendería, doña Carmen –le dije mordaz y ella largó una risita. Yo también sonreí, pues doña Carmen no entendió mi ironía y aún así rió estúpidamente. Luego consideré que había estado un poco rudo: doña Carmen no era una mala mujer aunque cotilla, pero es que ¡esa vena malhumorada que a veces me sale por la imbecilidad humana...! Siete pasos después, estaba pasando por el pasillo y justito frente a mí el picaporte de la

puerta. Era mejor la entrada corrediza del baño de la casa de mi madre, pero bueno, hay que acostumbrarse a todo.

Cerré de un golpe la puerta. ¿Por qué siempre cierras la puerta cuando estás solo, Daniel? Esa pregunta me la hice mil veces y siempre llego a la conclusión de que tal vez no esté solo siempre. Hay que estar prevenido por las dudas. O tal vez es miedo a que alguien estuviera observándome desde las sombras sin que me dé cuenta. Las sombras tienen vida, mucha vida. No sé de dónde saqué ese miedo ridículo; tal vez de Mariano, mi compañero de habitación cuando los años de la escuela básica. Mariano siempre me comentaba como sentía la presencia de alguien cerca de él entre las sombras y eso me inquietó tanto que hasta tuve pesadillas muchas noches.

O quizá fue todo lo sucedido con el chico catalán aquel, el que muriera tan trágicamente y que me llenó de espanto. ¡A quién no! Aún hoy se me hace un nudo en la tripa cuando recuerdo esos acontecimientos. Pero por suerte esos años ya pasaron, aunque esa sensación me persiguió toda la vida.

–No es fácil lo tuyo –me dijo una vez el imbécil de mi padre. Bueno, eso que mi madre me quería hacer llamar “padre”, porque mi padre, lo que se dice mi padre verdadero no lo era, ni lo será nunca. Estaba el padre que se marchó cuando yo pequeño y que se tiró a las vías del tren, y se arrojó de un edificio de veinte pisos, y se ahogó en el océano a la altura de Mar del Plata, todo eso junto en la misma persona y el mismo momento: el exacto día cuando yo cumplí un año. Eso va según el gusto del consumidor o según las charlas con mi madre que siempre olvidaba la historia anterior y me daba una nueva versión para olvidar la humillación de decirme que fue abandonada. Ya hace años aprendí a no preguntarle entonces sobre ese hombre y a los muertos hay que dejarlos descansar en paz, aunque estén gozando de muy buena salud. Entonces decía, Eduardo, el otro padre, el marido de mi madre, el buscavidas, el que se encargó de ser un pilar para Juan y para mí, aparte de ser un torpe marido para mamá, me dijo una vez con esa voz de tonto que tiene: “No es fácil lo tuyo”, y yo le respondí sin ningún reparo: “Lo tuyo tampoco, imbécil”.

–¡Calla ya, Daniel! –me gritó mi madre y yo respondí:

–¡Él empezó primero!

No estaba seguro que significaba la palabra “imbécil” entonces, pero la oí por ahí y me gustó. Creo que a la tía Clotilde: “Tu marido es un imbécil, Esther”, y como mamá se ofendió dije: seguro que es una palabra ideal para él. Claro, la tía Clotilde era hermana de mi padre (el muerto en vida) y por eso le caía gordo el sucedáneo.

No sé por qué mi padre, mejor dicho el segundo marido de mamá, se llevaba fatal conmigo. Mejor dicho, creo saberlo. Eduardo, cuya única virtud era lavarse en forma casi obsesiva las manos con un jabón de fragancia tan vulgar como él, nunca me cayó en gracia porque era simplemente un idiota que cuando hablaba conmigo me trataba como si yo fuera un inútil. Y lo que es peor me sentaba era su silencio, es decir lo que no decía. Porque en estos dieciséis años si aprendí algo bien es a oír con perfección los silencios. Y Eduardo tampoco me tragaba porque yo respondía con intolerancia a su idiotez.

También fue muy fuerte para mí el día que sorprendí a mamá con el imbécil en la habitación. Yo tenía como hobby preferido, o medio de informarme de las cosas que no me contaban, pararme al lado de las puertas cerradas, agudizar mis oídos y esperar que los sonidos vengan a mí. Yo no hacía nada; ellos lo hacían todo.

Ese día sentí quejarse a mamá. Eran quejidos cortitos, acompasados, mezclados con palabras cortitas como “más”, “dios” y un “ahhh” final que me puso los pelos de punta.

Claro, entonces estaba lejos de pensar que estaban haciendo algo bueno, y me manejaba con suma desconfianza con el imbécil, no sea cosa que se le diera por hacerme lo mismo.

–¿Juan?

–¿Qué? –le pregunté a mi hermano, mientras me leía los teveos.

–¿Creés que Eduardo la quiere a mamá?

–¡Claro!

–El otro día la hizo gritar.

–Todas las parejas gritan y se pelean, Daniel.

–Ah.

En cambio con Juan era distinto. Mi hermano le llamaba con el gratificante mote de “papá”, mientras yo Eduardo a secas. Mi hermano le consultaba sobre cualquier problema, pero mis problemas no eran para él, como es lógico. Yo prefería a mamá en ocasiones, o bien con la soledad de mi almohada. Ella sí que me comprendía y me daba los mejores consejos.

En síntesis. Eduardo era para Juan un padre hecho y derecho y hasta se podría llegar a admitir, que el marido de mi madre le tenía cariño. En cambio yo, ni siquiera era un medio hijo, era, sólo el hijo de su mujer.

Abrí el botiquín sin espejo y me doy cuenta que otra vez alguien se olvidó de tapar la pasta dental. ¡Qué rabia! Les digo a Juan una y mil veces que deje las cosas como las pongo yo, ¡pero no! Ese fue Juan que salió rápido de casa y no se quedó a dormir. Por algo pidió vivir solo, vamos conmigo y cuando Juan sale a ver una chica siempre me deja algo de desorden. Así es mejor para todos: Juan puede llegar un poco más tarde a casa y no darle explicaciones a mamá o “su” papá prefiere venir a dormir a casa así no tiene que dar explicaciones a su “papá”.

¡Y encima soportar que me tenga que dejar el dentífrico abierto, que luego no encuentro la tapita y se me seca! Ya sé que parece una obsesión, pero no es tal.

Bueno, no pasa nada. Me lavé los dientes, desayuné un zumo de naranja con un toque de azúcar que acarició mis pupilas gustativas y salí hacia la calle. Un bocinazo de un autobús me dejó aturdido. Tuve que detenerme un instante para recobrar mis sentidos. Buenos Aires no olía a árboles como otras veces. Los aromas de los álamos y sauces de la cuadra se mezclaban con un olor pestilente que no pude descubrir en un primer instante, pero que luego identifiqué como ese nitrato especial que le ponen al gas envasado para saber dónde hay una pérdida. El olor se hizo cada vez más fuerte y de repente:

–¡Fíjate por donde vas! –me gritó un muchacho. –¿No ves que estamos trabajando en la acera?

–No, no lo vi señor –respondí sin poder dejar de mostrar una sonrisa nerviosa.

–¿Estás ciego o qué? –me increpó nuevamente de mal humor. Sentí su aliento en mi cara.

–Efectivamente, señor, estoy ciego –respondí.

Entonces se produjo un silencio incómodo para él.

–Discúlpame, no te vi el bastón blanco –me dijo al cabo de unos instantes.

–Es gracioso –respondí. –Yo soy el ciego y el que no ve es usted.

PARTE UNO: Soy ciego

Capítulo 1: Un mono en las sombras

Sí, soy ciego.

Dicen que no nací ciego, que en realidad fue un accidente con la incubadora. Que pusieron no sé qué lámpara y no me taparon con no sé qué los ojos y eso me dañó las córneas irreversiblemente. Es una historia un poco inverosímil, pero yo sentía placer en decir que de niño no siempre estuve carente de visión entre el grupo de ciegos absolutos del Instituto para Invidentes. Era como ser el rey entre el resto de los “no videntes”. ¡Vaya con esa forma de decir ciego! No vidente es como no caminante, no parlante. Y agregaría una nueva categoría, pero para las personas “normales”: no pensantes.

Decía, que probablemente no haya sido ciego toda la vida. En realidad creo que tengo en la memoria algo así como una gran mancha de luz, pero que no puedo precisar si eso forma parte de mi memoria de lactante o es una imagen inventada por mis ansias de haber querido ver alguna vez.

Lo cierto es que fui, soy y seré ciego, sin ningún atenuante, ni esperanza de lo contrario. Que quede bien claro eso y nadie espere un milagro.

Los primeros recuerdos, como se es de imaginar, fueron sonidos. Bueno, sonidos, olores y sabores. Y golpes, claro está. Pero también caricias.

Tengo un vago recuerdo de los primeros años, salvo que mamá se enfadaba mucho con Juan porque me hacía la vida imposible. Juan, seis años mayor que yo, no fue lo que llamamos un niño prodigio. Y entre sus travesuras estaba la de llamarme para que vaya a él y ponerme obstáculos en el camino. Todo marchaba entre risas de Juan y gritos de mamá, hasta que un día no se le ocurrió mejor idea que ponerme un rastrillo. Yo, con mi sexto sentido sabía que algo se traía en manos, a pesar que no tenía los tres años cumplidos, pero aun así, no pude evitar pisar de frente la punta de la herramienta que papá había comprado antes de irse y pegarme de lleno en el medio de la frente con

el mango. El golpe me tomó desprevenido y me hizo trastabillar precisamente hacia delante y las puntas del rastrillo entonces hicieron estragos en mi carne tierna para entonces. No sentí un gran dolor, apenas el líquido viscoso, caliente, que me chorreaba en una de las piernas, pero la mala suerte de una broma mal hecha me trajo mi recompensa: el sonido victorioso de una paliza en el culo a mi hermano y sus gritos de dolor o mejor dicho, de humillación, fueron suficiente pago a un par de raspones que desaparecieron al poco tiempo. Cosas de chicos. No le guardo rencor a Juan, porque también debo decir que nadie como él me cuidó y, a su manera, me comprendió de muchos asuntos que pasaron por mi vida en épocas difíciles.

Vivía, como se dijo, en una casa baja de Remedios de Escalada, un barrio repleto de inmigrantes del Gran Buenos Aires hacia el sur, donde no sólo había pluralidad de nacionalidades sino que su mayoría eran viejos, señal de que la guerra había quedado atrás hace años. Mi casa estaba, dicen, a seis kilómetros de Capital Federal, pero honestamente no sé cuánta distancia es un kilómetro en pasos. Tenían un pequeño sótano clausurado, cuyas características comentaré luego en todo detalle. Mi hermano Juan y yo crecimos unidos en una casa de bajo bastante grande, en un barrio donde no había edificios altos, salvo algunas viviendas tipo chalet de dos o tres plantas. Él nunca tuvo lástima de mí y eso habla muy bien de su inteligencia, aunque no fuera un alumno lucido en la escuela. Durante toda la vida me trató simplemente como un hermano, lo que era y jamás consideró mi ceguera como un obstáculo a vencer en nuestra relación. Eso sí: nunca dejó de “limpiar” la casa de elementos nocivos para mi salud, llámese sillas, muebles, cosas en el camino por donde yo debía pasar y que el imbécil de Eduardo no tenía reparo de acomodar. Sacando esa breve licencia, Juan nunca hizo otra cosa de las mal llamadas “ayudas solidarias”, que muchas personas se empeñan en realizar, como si los ciegos fuéramos absolutamente seres inservibles. Juan era Juan. Tenía códigos de hermano y era sorprendente, aun para mí, darse cuenta cómo me alertaba de un peligro:

–Balde con ropa en el pasillo de la mesa.

Y aunque hubiera gente y no mencionara mi nombre, yo sabía que su frase casi incoherente o desapercibida en el murmullo general de todos, iba directamente a mí. Entonces esquivaba el balde que alguien desaprensivo ponía y ningún accidente casero sucedía. Pero detrás de esa frase tirada al

azar, lo que realmente existía era decirle a todo el mundo: “mi hermano no necesita de nadie para pasar al otro lado de la casa”. Era como un código de hermanos. No necesitaba humillarme y decir “cuidado, no te lleves eso por delante que hay un objeto que no ves”, porque si tengo un defecto, es el de ser extremadamente orgulloso.

Decía que mis primeros recuerdos se remiten a sonidos, olores y todo lo que mis cuatro desarrollados sentidos puedan brindarme. Si me remito a mi primer recuerdo de todos diría que lo que más oía en casa era un rencor maternal hacia mi padre, el biológico. Si bien todos los argumentos de su volatilización ya fueron explicados, lo cierto es que hay una precisión, que ya dejó de parecerme cruel, pero que en su momento me dio mucha angustia. Fue el hecho de saber que mi padre nunca se resignó a tener un hijo ciego. Lo llevó como pudo, pero como suele suceder en muchos de estos casos, le echó la culpa a mamá de “su” desgracia. No sé que raro camino de la ignorancia de un hombre lo llevó a querer negarme como hijo. Hizo lo que pudo para evitar la primera fiesta de cumpleaños y cuando ésta fue impuesta por mi madre, se marchó un rato antes de que la gente llegara, para no pasar por la humillación de que le vieran junto a un hijo propio con discapacidad visual. A todos les tomó de sorpresa, en especial a mamá, que mientras les decía a todos “fue a por unas cervezas”, apareció una nota dejada por él. Encima fue la tía Clotilde la que encontró la carta de papá sobre la cama matrimonial y fue leída delante de todos. Vamos, una vergüenza bochornosa para mamá y eso nunca se lo perdonó. Luego, el “accidente” en la explicación que yo me creí rigurosamente hasta que las historias comenzaron a superponerse y entonces yo mismo hice mi propia historia de la desaparición de mi progenitor. La verdadera, es decir, la que más me gustaba fue así: Papá volaba como copiloto de un avión, pongamos que fue Air Madrid, la empresa más cutre, y cuando a éste le comenzaron a fallar los motores, lejos de ayudar al valiente piloto, usó el único paracaídas para abandonar la nave como una rata y se arrojó al vacío para salvarse el pellejo sobre la ciudad. Pero con tan mala suerte que cayó en la mismísima Buenos Aires, la que está llena de toques de claxon, insultos de taxistas por el tráfico, gritos de todo el mundo, piropos de albañiles y camioneros, de “diario, diario” del repartidores de periódico y que huele a humedad. Y para colmo de males, el paracaídas no se le abrió y su culo cayó en un extraño

monumento llamado obelisco en plena Avenida 9 de Julio que es una pirámide cuadrada de treinta pasos de lado por doscientos veintidós escalones de altura, todo un falo monumental en el medio de la ciudad. Pero su defunción y desvirgue no fue rápido y definitivo, no. Fue despacito, con dolor, poco a poco hasta que la punta del obelisco fue rasgando sus carnes y le salió por la boca y fue cayendo día a día hasta dar con el resto de su alma por la calle y los turistas le sacaban fotos y los perros lo meaban. Esa fue la historia más verosímil que ideamos mi almohada y yo. La única verdad que importaba.

¿Y yo cuándo me di cuenta que era ciego? Nunca. En realidad de lo que me di cuenta fue que había gente que no lo era. El mundo a oscuras fue lo normal en mi realidad hasta que un niño dijo “mirá, mamá, un cieguito”. Esa voz la tengo gravada como si me lo hubieran dicho ahora mismo. Me imagino la cara de mamá cuándo le pregunté con voz inocente:

–¿Qué es un cieguito? –dije con total inocencia mientras me zarandeaba con sus pasos, llevándome en sus brazos por la calle. Sentí que algo marchaba mal. Toqué el rostro de mamá para saber qué pasaba y descubrí humedad en sus ojos.

–¿Estás llorando? –pregunté con sorpresa sin darme cuenta todavía qué era lo que no funcionaba.

–¡No! –se quejó mamá. Y enseguida: –Vamos, ya sos grande para ir en brazos de mamá.

–Bueno, pero ¿qué es un cieguito? –insistí.

Silencio.

Comprendí entonces que estaba ante algo importante, ante un gran secreto que estaba a punto de ser rebelado. Esa tarde seguimos haciendo las compras, yo hablando con todo el que me hablara y cuando llegamos a la frutería de don Eusebio y de doña Pepa, su mujer, mamá me dijo:

–Doña Pepa te está dando una manzana. ¿Qué se le dice?

Estiré mi mano y cogí la fruta. Cuando me cercioré que era una manzana verdadera y no cómo decía a veces Juan, y luego de darle el primer mordisco para probar su sabor de manzana, dije por fin:

–Gracias.

–Que chico más mono que tiene, doña Esther.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

